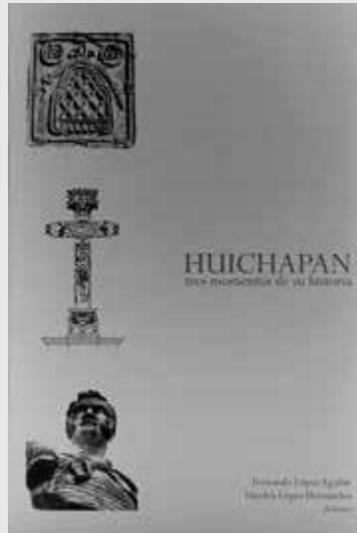


Regiones extrañas son las realidades

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 09/01/2015 - 01:04

Fernando López Aguilar y Haydeé López Hernández (comps.), *Huichapan. Tres momentos de su historia*, Pachuca, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo, 2014.

Rodolfo Palma Rojo*



Se sabe que Teotlalpan tiene tres posibles significados: desde luego y antes que nada, tierra de los dioses; pero también tierra del norte o tierra fragosa. En términos geográficos, así se nombra el extenso territorio al norte de Tenochtitlan; y los historiadores han especulado que es una región surgida bajo el dominio de Tula, que posteriormente fue integrada al imperio mexica. Más que diversos significados, se trata de inciertos niveles de significación que comprenden localidades concretas, con nombre y personas, hasta ocupar incluso espacios míticos. El arqueólogo Fernando López Aguilar ha dividido el valle del Mezquital, situado en Hidalgo, en dos provincias: Jilotepec y Teotlalpan. Setenta y tantos años antes, Othón de Mendizábal, en su inconclusa *Evolución económica y social del Valle del Mezquital*, menciona que el valle del Mezquital "correspondía, en parte, a los señoríos de Jilotepec y Tula [...] y en parte a una provincia que llevó de *una manera particular*, el nombre de Teotlalpan o del Norte". Menciona que todos sus pueblos, que sumaron más de treinta, fueron sometidos "al poder de los aztecas". Y tampoco rehúye bordar sobre los sentidos amplios del término y lo hace en la página 47 de su apreciado texto: "se aplicaba al Septentrión, que los indios llamaban también Mictlampa o 'lugar de los muertos'; y es que Teotlalpan tenía la misma significación en sentido figurado [...] *teutl* no sólo quería decir dios [...] sino también difunto".

Obviamente los muertos tampoco podían recibir un solo sentido, y menos literal, como nos lo hace leer el ya mencionado López Aguilar en su artículo "Un personaje tolteca. Ocho Ojo de reptil", que es uno de los cinco artículos que comprenden el recientemente publicado *Huichapan, tres momentos de su historia*. De entrada hace mención de una serie de nombres de significados amplios, nada restringidos, como la misma Teotlalpan; o Coyotlatelco que, como se sabe, identifica a los "pobladores de tradición teotihuacana y filiación biológica otomí"; o el *amaxac*, espacio propicio. El especialista abunda sobre ese término: "entrepierña, el entrecruzamiento de cañadas, el centro femenino, un lugar que, por su misma configuración, era sagrado". Desarmado de un concepto unívoco de realidad, el arqueólogo se centra en un enterramiento humano en Sabina Grande, y lo hace mostrando los diversos *estratos* que en él ocurren. Se centra en él y ejemplifica lo que está sucediendo: los estratos no son sólo temporales sino de rituales; es decir, restos de una cosmovisión. La incertidumbre del investigador de hoy en día se hermana con la que padecieron los familiares del muerto siglos atrás: "cuando [...] se encontraban perturbados y un augurio señalaba a uno de sus antepasados fallecidos, se manufacturaban objetos nuevos [...], se exhumaba el cadáver y se colocaban las nuevas ofrendas. Este ritual —concluye López Aguilar— recreaba algún mito de origen del mundo y convertía al difunto en un antepasado reconocido". Y como si esta frase se la hubiera dicho para sí, lo observamos más adelante reconociendo en la piedra verde que se encontró con la osamenta el nombre del muerto: Ocho Ojo de Reptil.

Cada artículo que compone este libro busca, desde la historia, desentrañar un sentido que, en todo momento, parece no sólo intrincado sino entrelazado con otros niveles más de pensamiento y realidad. Ya sea el que abre el libro –puesto que los editores le han dado un ordenamiento cronológico– sobre "La cultura xajay: desarrollo y territorio", de Sabrina Farías y Alejandra Castañeda, hasta el que lo concluye, ya en época moderna, "Escenas de guerra y bronce: Huichapan durante la independencia", de Haydeé López Hernández, así como los tres centrales, todos se desarrollan en diversos planos y, por lo mismo, el libro se termina conformando como un prisma que ilumina algo tan intangible como una región llamada del Mezquital o, mejor aún, Jilotepec y Teotlalpan.

Lo inasible se halla desde el principio. Y desde el principio se le ata con lo visible, lo concreto, lo perceptible gracias a la reconstrucción hecha del sitio del Pahñú, en el que las dos autoras han trabajado junto con López Aguilar, quien, a su vez, ha dirigido el proyecto desde hace casi veinte años. Aquí lo construido señala hacia lo ideado. Según el texto, un amanecer entre el 29 y el 30 agosto alinea no solamente los templos, sino el lugar exacto donde se toman las decisiones o, mejor dicho, en el que se deben tomar las decisiones y, por lo mismo, debe asentarse (literal y metafóricamente hablando) el poder. De igual manera, el análisis de la cerámica, tanto en Pahñú como en otros sitios xajayes (Zethé, Zidadá, Taxangú y Cerrito), vincula sus habitantes con aquellos que abandonaron Teotihuacan. Y enseguida mencionan por primera vez el cerro del Hualtepec, ahora como frontera entre ambas culturas, la teotihuacana y la xajay. Lo que se clarifica es que una cultura de tal relevancia en el valle del Mezquital,

primero con influencia teotihuacana, y posteriormente socavada o más bien debilitada –como prefieren las autoras– por la cultura tolteca, además de la presencia de la cultura huamango (enclave de Tula–Jilotepec), desacraliza sus templos y los abandona. Hay algo inquietante en ello, puesto que no sólo dejan sus edificios, sino también a sus muertos. Sabrina Farías y Alejandra Castañeda subrayan lo que he acotado ya en un principio para Teotlalpan: la "estrecha relación entre vivos y muertos, *por el hecho de enterrar debajo de las unidades arquitectónicas en uso*". Tema que retoma López Aguilar en uno de sus artículos; en el otro expande la sola mención del cerro del Hualtepec.

Ya es claro en ese momento que los textos se están uniendo como teselas que finalmente compondrán el mosaico amplio de la región. Sólo que, si los anteriores textos se desarrollaban a partir de estructuras monumentales o de un enterramiento, "El Coatepec y Huitzilopochtli" se aborda y se borda con la sustancia propia de los mitos. Aunque se le contraste con la así llamada realidad, no hay otra forma de narrar una peregrinación proveniente del Norte y en busca de un símbolo; que se detiene ante un cerro, el Coatepec o, actualmente, Hualtepec; que, desde luego no es un cerro poblado de culebras, como los habitantes de hoy en día aseguran, sino un templo con serpientes de piedra dedicado al señor Huitzilopochtli. Los mexicas, al igual que los griegos en su momento, sabían muy bien que la única tragedia digna de contar es la que ocurre dentro de la familia, y la historia del nacimiento y batalla inicial de Huitzilopochtli rebasa cualquier comparación: en defensa de la madre, despedaza a la hermana y derrota a los 400 surianos. Fernando López Aguilar documenta que en la "cima del Coatepec, el cerro del Astillero, fue el lugar que barría Coatlicue, donde quedó preñada y tuvo lugar el nacimiento de Huitzilopochtli". Un poco ayudados por el relato del arqueólogo y otro mucho llevados por la tradición, hoy en día, cada 3 de mayo, a las faldas de ese cerro se conmemora el nacimiento de Huitzilopochtli. Lo cierto es que los futuros aztecas partieron de ahí, seguramente avisados por sus sacerdotes de que había un lugar más idóneo en el sur, rodeado de lagos, tan parecido a este primero del Coatepec.

Si la migración de los grupos prehispánicos se ha concebido, en términos generales, aunque no exactos, como del norte hacia el sur; lo contrario ocurre con el movimiento migratorio de los españoles. Ese recorrido inicial, rumbo a esa área amplia que es Huichapan, le sirve a Fernando González Dávila para comprimir trecientos años de historia, desde mediados del siglo XVI al XIX, esto es, desde la caída de Tenochtitlan (la misma ciudad que en el capítulo anterior estaba por ser fundada), en agosto de 1521, hasta la creación del estado de Hidalgo y el distrito Huichapan, en enero de 1869. El historiador compendia la destrucción que en su camino más allá de la provincia de Xilotepec (en su grafía) hacían de monumentos y costumbres de los indios. Animales extraños deambulan al lado de los ahora colonizadores: vacas, caballos, puercos, ovejas. Es el inicio de la ganadería y, de la mano (o, más preciso, con la mangana), la charrería. El hallazgo de minas –señala el autor– atrajo a más pobladores, que se desplazaron a Ixmiquilpan y a Tula. Grandes fortunas se amasaron y se construyeron sorprendentes templos: de ahí las inquietantes pinturas mitológicas que adornaron al primero,

elaboradas por indígenas y ordenadas por los ricos del momento. Los nombres de las familias colonizadoras se acumulan en las páginas y conforman una bien documentada historia económica de la región, hasta que irrumpe un extraño nivel de realidad, tal y como ha ocurrido en las otras partes del libro, titulado "En busca de un pueblo perdido". El historiador parte de una noticia temprana que descubre en su andar por los archivos: al virrey Luis de Velasco le solicitan que se abra el camino hasta Zacatecas, debido a que tienen minas tanto allí como en Ixmiquilpan". Los personajes condensan muy bien el listado de ilustres que el autor había registrado en páginas anteriores; se trata de Luis de Castilla, Cristóbal de Oñate, Alonso de Villaseca, Alonso de Mérida y Rodrigo de Ribera. A golpe certero de pluma los define (de Villaseca dice "reputado ya en la segunda mitad del siglo XVI como el minero más rico de Nueva España") para pasar a lo que ya es su preocupación: situar el punto de llegada, de cruce, de ese camino llamado Acahualcingo. En ese momento el artículo llega a su clímax; el misterio comienza a revelarse en las fuentes y las magníficas asociaciones que hace González Dávila. Un punto borrado en la historia y en la geografía termina dando sentido a esa vasta región.

De la misma manera concluye el libro con el artículo de Haydeé López Hernández, "Escenas de guerra y bronce: Huichapan durante la Independencia"; esto es, a través de una categoría inasible, que había sido mencionada desde el principio de este volumen, "el terruño". La elabora utilizando la imagen forjada (primero en la imaginación y luego en bronce; pero, antes que cualquiera cosa, arrebatada a la historia) del héroe Julián Villagrán, quien tiene busto en Huichapan y escultura de cuerpo completo en el Paseo de la Reforma. Para la historiadora, ese hecho de por sí presenta la ambivalencia entre lo local y lo nacional, puesto que es sabido que a finales del siglo XIX se pidió a las provincias mexicanas el envío inmediato de sus héroes para, en más de un sentido, enriquecer el ideario de la patria. Justo en ese momento, y claramente señalado por López Hernández, la historia para comprenderse tiene que ser acompañada por un estudio del fervor y el enaltecimiento nacionales. Son los momentos en que Ignacio López Rayón da el primer grito (en 1812) en conmemoración del dado por Hidalgo; que Villagrán reta a los captores de su hijo con esa frase que aún retumba en el imaginario del bravucón mexicano: "¡Que lo fusilen!, mujeres hay muchas para tener hijos, pero patria sólo una". Y los españoles acataron y lo fusilaron. Entrelazados de tal forma los hechos con los supuestos, la historiadora desgrana primero aquéllos para desembocar en los supuestos: la plazuela de los Mártires de la Independencia, en Huichapan y una estatua de un personaje tan controvertido como Villagrán en Paseo de la Reforma. De ahí inicia un profundo análisis de las obras de carácter histórico sobre el personaje, desde los siempre imaginativos apuntes de un Carlos María Bustamante, Alamán, Mercedes Pedraza, corregidos y aumentados seguramente por José Antonio Cadena, hasta los elaborados por Juan Manuel Menes Llaguno, cronista de Hidalgo y actual presidente del Tribunal Superior de Justicia de ese estado. La sola inclusión de este historiador contemporáneo, así como el análisis preciso y muy crítico sobre intenciones y reflexiones vertidas en su trabajo de 2005, producen un excelente cierre no sólo del capítulo sino del libro entero, que se ha creado entretejiendo diversas realidades que ocurren no sólo en distintos tiempos y espacios, sino también en el aquí y ahora. Magnífica forma de hacer historia.

* Centro INAH Hidalgo.

Tags:

[Mirar libros](#)